



Dejar atrás la Europa como potencia para construir la Europa del vínculo

Si hay un continente que ha dominado el mundo, hasta el punto de hacer de cada habitante de la Tierra una especie de occidental, ese es Europa. El modelo de desarrollo contemporáneo es el fruto de nuestra antigua supremacía y de nuestra confianza, simbolizada durante 150 años a través de la extraordinaria vitalidad de nuestra demografía. Dicho modelo ha fallado y ha dado paso a una duda existencial, especialmente entre los países fundadores. ¿Tiene Europa vocación de potencia? ¿Potencia para hacer qué?

La modernidad ha dado origen a un capitalismo mundializado que desnaturaliza nuestros propios valores y ha dejado vía libre a la sociedad del materialismo, del deseo exacerbado y de la frustración, una especie de «Orden Moderno» que parece imponerse a todos, incluso hasta en las relaciones íntimas entre los individuos. La imposibilidad para nuestra comunidad de liberarse del peso de las dos guerras mundiales, Auschwitz, el Gulag y un modelo de desarrollo que amenaza el planeta también explican nuestro desencanto como europeos y nuestra incapacidad para formular un propósito colectivo supranacional. Sin embargo, deberíamos estar orgullosos de nuestras especificidades: un modelo social más justo y un espacio de libertad y democracia, a la vanguardia del conocimiento y del art de vivre. Entonces, ¿por qué Europa ya no concibe proyectos en común que nos hagan soñar y nos devuelvan las ganas de tener más hijos a los que transmitírselos?

¡Somos más que productores y consumidores! Debemos hallar el camino de nuestra dimensión interior, que se alimenta de todas las fuentes de nuestras herencias mestizas y que podría significar la vía de acceso hacia una Europa del vínculo. En caso contrario, ¿cómo actuar para alcanzar un auténtico desarrollo sostenible que nos motive? ¿Cómo superar como europeos, unidos en la solidaridad y la sobriedad, una crisis económica sin precedentes? Este proceso de interioridad nos concierne a todos, ya que es indispensable para redescubrir nuestra «persona».



El proyecto europeo se rediseña. Sus puntos fuertes son su diversidad y su apertura, y su vocación es obrar al tiempo que propone colaboraciones recíprocas en su interior. Antes de convertirse en potencia, los europeos quisieron dar origen a un modelo de sociedad basado en la persona. Puesto que la paz reina entre los antiguos enemigos desde hace ya 60 años, ¿cómo podemos ir más lejos? Si no tenemos en cuenta los fundamentos antropológicos, no podremos hacer que la solidaridad y las interdependencias supranacionales funcionen. De esta forma, la auténtica libertad de una interdependencia entre personas solidarias debe remplazar la máscara artificial de un individuo autónomo y solitario. Por lo tanto, lo que es verdad para las personas lo será también para las naciones que conforman nuestro espacio europeo. La colaboración y la solidaridad deben suceder a la ley de la rivalidad, no porque debamos ser «amables», sino porque forman parte del ADN de nuestro desarrollo creativo y armonioso, sin el cual no podremos superar la tentación de poder de las antiguas grandes potencias y los complejos de inferioridad de las «pequeñas» naciones.

Ante nosotros se presentan tres temas simbólicos y caminos concretos a seguir: la supervivencia del planeta frente al cambio climático, la organización de su gobernanza, pues es evidente la diferencia entre una economía mundializada y la ausencia de regulación internacional, y por último, la cuestión de una defensa europea, garantía de estabilidad y paz duradera. Gracias a la proyección de su diplomacia, su práctica del multilateralismo y de las convenciones internacionales, su renuncia a cualquier agresión militar y su asunción del poder no coercitivo, Europa puede desempeñar un papel político mayor. Algunas indicaciones específicas para lograr una «Europa del vínculo» son: despertar el sentimiento de un espacio común europeo mediante la edición de una Historia de Europa común a todos, crear un «maillot Europa» para las competiciones deportivas internacionales, comprometer la Europa social con el fin de «devolver la política al centro del debate», hacer del Parlamento de 2014 una «Constituyente» y definir qué es un «federalismo europeo». ¡Avancemos!

Europa puede trazar el camino voluntario y realista de una nueva forma de potencia, de una no potencia que, sin embargo, debe mostrarse al público y adaptarse a un mundo de diez mil millones de humanos. Efectivamente, ¡ya es hora de dar el salto de la Unión Europea a la Europa Unida! Una Europa unida por un mundo solidario, una Europa democrática, laica, pero que sabe reconocer la parte espiritual de cada uno, una Europa federal de personas en la que cada Estado subsistirá y en la que cada cual se reconocerá, porque estará ligado a ella.

